

secó sus lágrimas y detuvo sus sollozos, temiendo que se oyeran de la habitación vecina, donde resonaban alegres gritos y carcajadas. Cuando la hubo tranquilizado, la llevó al comedor.

—¡A la mesa! ¡A la mesa!—gritaban los niños.

Era encantadora aquella mesa dispuesta para la merienda. Mateo, ayudado por Reina, había arreglado simétricamente cuatro compoteras que contenían dulces y confituras. Los chicos, queriendo ayudar, lo embarullaban todo y Rosa amenazaba romper toda la vajilla. Se divertían sobremanera y Reina se mostraba muy cariñosa. Se echó a reír, picaresca ya sin duda, cuando Ambrosio dijo a su madre que era Reina su mujercita y Rosa su bebé.

Mariana le mandó callar viendo que Valeria sufría, y empezó la merienda. Los chicos devoraron. Aquel domingo, a las nueve, los chicos estaban ya acostados. Mateo hizo que Mariana se metiera en cama hasta las diez, hora en que tenía que tomar una taza de tila, que él mismo se empeñaba en preparar, diciendo que no necesitaba a la criada, veló junto a su mujer leyéndole un periódico. Cuando hubo bebido la tila, le dió las buenas noches y un par de sonoros besos en las mejillas, besos que le devolvió ella de todo corazón. Al cabo se desnudó y se acostó. Mariana no dormía aún y Mateo tampoco concilió el sueño hasta que oyó la respiración rítmica e igual de su esposa. Mariana, para la que Mateo deseaba un despertar de reina, que paseaba al sol como a una admirable princesa, estaba servida y adorada por él, durante la velada en su cuarto, como una divinidad. Aquel culto era más alto y verdadero que el que se otorga a las vírgenes; era el culto de la madre, de la madre glorificada y

grande, amada y dolorosa por la pasión que sufre para la eterna eflorescencia de la vida.

II

El jueves en que los Froment debían almorzar en casa los Seguin du Hordel, en la lujosa casa de la avenida Antin, Valentina llamó a Celeste a las diez. Se hizo vestir con coquetería y se recostó en uno de esos sillones largos, tan propios para el descanso. Había suplicado a Mariana que viniese temprano para poder hablar mucho rato, con una mujer que estaba en el mismo caso que ella, de los terrores que de continuo la asaltaban. Pidió un espejo, se miró y meneó desesperadamente la cabeza al verse fea y como envejecida, con su cara rubia alargada y llena de pecas. Su vientre le abultaba mucho aunque había tratado de disimularlo por medio de una blusa de seda azul.

—¿Está en casa el señorito?—preguntó.

Desde la antevíspera no le había visto. Pretextando quehaceres comía y almorzaba en el restaurant, llegaba tarde, y por las mañanas no entraba a verla, dando por excusa que temía molestarla.

—No, señora; el señor ha salido a las nueve, y estoy segura que no ha vuelto.

—Bien; cuando lleguen los señores Froment, que pasen en seguida.

Lánguidamente tomó un libro y esperó. Como lo había medio indicado el doctor Boutan, aquella preñez inesperada había convertido aquella casa en un infierno. Al saberla, Seguin se enfureció brutalmente afirmando que aquella criatura

no era suya. Estaba seguro de haber tomado las más minuciosas precauciones para evitar el caso y acusaba formalmente a su mujer de acostarse con su amante. Unos celos de carretero, bajos e innobles, que se manifestaban por palabras soeces y por amenazas de golpes, se apoderaron de aquel pretendido escéptico pesimista. Hubo escenas espantosas. Su mujer quiso que Boutan fuera el árbitro del caso. Pero en vano le hizo el médico las más atinadas reflexiones; en vano le explicó que no hay precaución que valga en muchos casos. Según volvía a vomitar injurias y amenazas cuando se marchaba el doctor. También la emprendía contra éste, diciendo que quizá era su cómplice, exasperado porque le había dicho que los fraudes, los malditos fraudes eran causa de sus actuales dudas, del tormento por que ahora pasaba el matrimonio.

Si no hubiesen perpetrado fraudes, ahora no tendría la duda espantosa que le asaltaba acerca de la paternidad de aquella criatura. Naturalmente el buen doctor, que siempre había condenado los fraudes, presentándolos como una de las grandes causas de la despoblación, de la degeneración de la especie, de la corrupción de la familia, añadía a todas esas culpas la de hacer nacer la duda que ahora le atormentaba. Según se irritaba furiosamente oyendo aquello, que era la condenación de todas las teorías que había profesado hasta entonces. Sin embargo, el matrimonio continuó su vida mundana. Ella no confesaba su preñez y se apretaba el talle hasta ahogarse, bailando, bebiendo champagne en las cenas de última hora al salir del teatro; él ocultando sus celos y afectando llevar la vida habitual. Por otra parte, ella, que permanecía honrada, quería conservar a su marido, no tanto por amor como por orgullo; pues,

como confesaba a quien quería oírlo, hacía él cuanto estaba en su mano para que tomara el amante que le achacaba; y si se torturaba poniéndose el corsé, si se exponía cada noche a un aborto, era para no verse abandonada. Pero una noche, al volver de una primera representación, poco faltó para que muriera, y al día siguiente tuvo que guardar cama: fué la derrota; se declaró una preñez penosa, que la hacía sufrir a todas horas. Desde entonces las relaciones entre los cónyuges se agriaron, y cuanto había temido Valentina se realizó. El de un humor de todos los demonios, no podía estar a su lado sin reñir. Aquella mujer fea, enferma, poco apta para el placer, le exasperaba. Llegaba a repugnarle. Salió a menudo, volvió a hacer vida de soltero. La pasión del juego, que en otro tiempo había sentido, se avivó, como un incendio mal extinguido. No compareció por las noches, que pasaba en el casino. Después las mujeres hicieron presa de nuevo en él. Aquellas no cometían la torpeza de dejarse empregnar. Cuando no se tiene mujer en casa, es preciso buscar alguna fuera. Y cuando veía a su esposa, se despertaban de nuevo sus celos y de buena gana hubiese dado muerte a aquella esposa fea, cuyo vientre le parecía una burla y una afrenta.

A las once y cuarto, Celeste apareció.

—¿Es el señorito?

—No; son los señores Froment.

—Hágales pasar... Cuando llegue el señorito, avíseme.

Cuando Mateo y Mariana hubieron entrado, se incorporó y les tendió la mano, amable y cariñosa.

—Dispéñseme usted, señora, por haberla rogado que viniera; pero ya ve usted que apenas puedo moverme y el doctor Boutan me había dicho

que estaba usted muy fuerte... ¡Ha sido usted muy amable! ¡Tenía tantas ganas de verla y de hablar un rato! Siéntese en este sillón, cerca de mí.

Mateo la miraba y estaba sorprendido de verla tan ajada cuando pocos meses antes era una rubia tan linda. Ella, por su parte, miraba a Mariana y se pasmaba de hallarla tan tranquila y con tan buen aspecto. Pronto se entabló una conversación íntima entre las dos mujeres. Mateo empezó a hojear un libro y pareció que no prestaba atención alguna a sus palabras. Apenas se habían visto y nada había común entre ellas; ni los gustos ni las costumbres; pero su estado parecido las atraía. Por parte de Valentina palpitaba un vivo deseo de saber, de escudriñar, de que la tranquilizaran. Habló primero el doctor Boutan, deseando que Mariana le repitiera que jamás había estropeado ninguna cliente y que no había comadrón más listo ni mejor. Mariana le hizo observar que por su propia cuenta debía saberlo, pues dos veces le había parteado a ella. Valentina asintió, pero añadió que le daba mucho ánimo oír tales alabanzas en boca de otra. Luego multiplicó sus preguntas; quiso que le explicara cómo y cuándo y dónde sentía los dolores; si dormía bien, si comía mucho, si le espantaba la idea del parto, si tenía antojos: en una palabra, le hizo hacer la historia de su preñez feliz.

Y cuando Mariana, que satisfacía tranquilamente esa curiosidad, le hubo explicado cuanto quiso y le aseguró que todo iba perfectamente y que a buen seguro tendría un nuevo hijo, Valentina rompió en sollozos.

—¡Oh! Yo moriré, he de morirme esta vez, estoy segura.

Aquella certeza de su próximo fin era su pesadilla constante, aunque no se atrevía a comuni-

carla a los demás. Era su tortura perenne, agrada-
vada por el abandono de su marido. El chiquillo
que iba a nacer, no solamente había trastornado
su vida, sino que iba a causar su muerte.

—¿Qué es eso de morir?—replicó alegremente
Mariana.—¿No sabe usted que aseguran que la
mujer que tiene esa manía acostumbra a tener un
buen parto? ¡Vaya! Tranquilícese.

Mateo a quien la inocente superchería de su
mujer había hecho sonreír, la confirmó de punto
en punto, con gran contento de la enferma que
no deseaba sino palabras de consuelo aun cuando
fueran mentirosas. Quedó pensativa sin embargo
y no del todo consolada. Entró Celeste, que con-
testó a la muda interrogación de los ojos de su ama:

—No, no es el señorito... Es esa mujer de mi
país, de que he hablado a la señora, Sofia Cou-
teau, la Couteau, como la llaman en Rougemont,
que se cuida de buscar nodrizas.

Valentina, que iba a despedir rudamente a su
camarera, que osaba entrar sin ser llamada, se
calmó oyendo aquellas palabras.

—¿Y qué?

—Que si la señora quería recibirla y encargarle
desde ahora la nodriza, podría buscar una buena
en el pueblo y tenerla preparada para el momen-
to oportuno.

La Couteau, que estaba detrás de la puerta, se
atrevió a entrar sin aguardar a que la llamaran.
Era una mujer delgaducha y baja, viva y despierta,
con trazas de aldeana, pero muy despejada
por la costumbre de ir y venir continuamente de
su pueblo a París. No era fea y sus ojillos vivos
y sus facciones regulares impregnadas de una bon-
dad ficticia podían ser agradables a no ser por
la expresión de su boca de avarienta. Llevaba un
vestido de lanilla oscura y su manteleta, sus mi-

tones, su cofia negros le daban el aspecto de una aldeana endomingada que va a la iglesia.

—¿Ha sido usted nodriza?—pregantó Valentina examinándola.

—Sí, señora, hace diez años, cuando tenía veinte. Después me casé y se me figuró que no se hace fortuna criando. Entonces me decidí a ser corredora.

Sonrió levemente, como queriendo significar que ya sabía lo que era ese oficio de vaca de leche, en las casas burguesas. Pero temiendo haber dicho demasiado, no chistó más.

—Se hace lo que se puede en favor de los que pagan, señora,—dijo al cabo de un momento.—El médico me había dicho que nunca tendría mucha leche, y antes que engañar a los pequeñuelos prefiero servirlos como puedo.

—¿Y acompaña usted nodrizas a los Centros de París?

—Sí, señora; dos veces cada mes, a muchos Centros, particularmente a la casa Broquette, calle de Roquepine. Es una casa muy honrada, donde no dan nunca gato por liebre... Si quiere la señora, pues, escogeré la mejor que encuentre, la mejor de lo mejor. Puede la señora fiar en mí; no me engañan jamás.

Viendo que su señora no se decidía, Celeste creyó que había llegado el momento de intervenir, explicando por qué la Couteau había venido aquella mañana.

—Cuando vuelve al pueblo,—dijo,—se lleva siempre un niño o dos, bien de alguna nodriza, bien de alguna familia que, no pudiendo pagar y mantener a una nodriza en su casa, envía a su hijo al pueblo a fin de que allí le críen. Por eso ha subido a verme antes de ir a tomar el niño que

ha tenido ayer la señora Menoux, la mercera del lado.

Valentina lanzó una exclamación.

—¡Ha parido la mercera! Hablad... ¿Cómo ha ido el parto?

La señora Menoux estaba casada con un buen mozo, que había sido soldado y que ganaba ciento cincuenta francos mensuales como portero de un museo. Ella lo adoraba y había tenido la idea de poner una mercería, donde ganaba casi tanto como él, de manera que vivían desahogadamente y satisfechos. Celeste, que había sido reñida veinte veces por las horas en que se pasaba charlando en la tiendecilla, se esponjó al ver la importancia que le daba ser interrogada de aquel modo y contestó:

—Todo ha ido perfectamente, señora. Un parto soberbio, y un niño muy hermoso... Esta mañana me he permitido ir a verla.

Como Valentina continuara interrogándola, explicó los menores detalles.

—Estaba en buenas manos. Fui yo quien le indicó la señora Rouche, la comadrona del final de la calle Rocher, porque una de mis amigas, parteada por ella, me la puso por las nubes. Sin duda tiene una casa muy lujosa y mejores manos la señora Bourdieu, la de la calle Miromesnil; pero también es más cara, y, cuando se ha terminado, las dos resultan iguales... Con la señora Rouche se va muy aprisa, y, además, trabaja con verdadera alición.

De repente se calló viendo la mirada de Mateo fija en ella. ¿Por qué la miraba de aquel modo aquel caballero? Se turbó y lanzó una ojeada furtiva a su talle. Preñada también, se apretaba bárbaramente por miedo de ser despedida. Atrapada una vez, a su llegada a París, por sus tratos

con el hijo de la casa en que servía, se había hecho partear por la señora Rouche y había tenido un niño, muerto al nacer. Ahora la criatura debía ser de un tendero; pero poco le importaba aquello, lo que la indignaba es haberse dejado pillar de nuevo, cuando creía ser muy lista y buscar el placer sin consecuencias engorrosas. Y se mostraba tan alegre y hacía tales elogios de la Rouche porque estaba decidida a tener otro chiquillo muerto, y ya preparaba su permiso de un mes, hablando de su pobre madre que estaba muy enferma en Rougemont y a la que deseaba ver antes de morir.

—¡Oh!—exclamó;—si hablo así es porque me lo han dicho. A punto fijo que no sé nada por propia experiencia.

Decididamente aquella muchacha alta y pelinegra, de cara acaballada y carnes frescas y provocantes, no inspiraba gran confianza a Mateo, que la encontraba demasiado instruída en achaques de comadronas. Y la miraba con una sonrisa en la que Celeste leía lo que aquel caballero pensaba de ella.

—¿Y por qué esa mercera no cría a su niño?—preguntó Mariana.

La Couteau lanzó una mirada oblicua, negra y dura, a aquella señora embarazada. Si ella quería criar, santo y bueno; pero que dejara a las otras.

—¡Oh!—dijo Celeste encantada de aquel nuevo giro que tomaba la conversación.—¡Es imposible! ¿Cómo quiere usted que la señora Menoux críe el chiquillo en aquella tienda que cabe dentro de una caja? En la trastienda no hay sino un cuartucho donde duermen y comen y que da a un patio sin luz ni aire. El niño no viviría una semana. Y tampoco tendría tiempo de cuidarse de

él, pues nunca ha tenido criada, y cocina ella misma. De fijo que, si pudiera, criaría a su hijo. ¡Le quieren tanto y son tan buenos esa gente!

—Es verdad,—dijo Mariana entristecida,—hay madres que no pueden dar el pecho a sus pequeños. Yo estaría siempre ansiosa si tuviese que dar un hijo mío a gentes desconocidas, lejos de mí.

La Couteau vió en aquellas palabras algo así como un ataque personal. Tomó el aspecto de una buena mujer, amante de los chicos, con el que engañaba a las madres que vacilaban.

—¡Oh! Rougemont es un buen sitio. Está cerca de Bayeux. No crea usted que somos completamente salvajes. Tiene muy buenos aires y mucha gente va allí a fortalecerse. Además, se cuida muy bien a los niños que se nos entregan. Sería preciso no tener corazón para no amar a esos angelitos.

Pero calló viendo la manera cómo Mateo la miraba a su vez. Quizás comprendió—porque era muy avispada bajo su rústica corteza—que su voz no estaba de acuerdo con sus palabras. Además ¿para qué cantar las delicias de su pueblo cuando aquella señora quería una nodriza para criar en casa? Así es que añadió:

—Quedamos, pues, acordados; traeré a la señora lo mejor que encuentre, una verdadera perla.

Valentina, a la que había producido favorable impresión el relato del parto de la señora Menoux, tuvo un arranque de voluntad.

—No, no,—dijo;—no quiero comprometerme de antemano. Enviaré a ver las nodrizas que me indique usted, que hay en el Centro, y veremos si entre ellas hay una buena.

Luego, sin cuidarse más de aquella mujer, a

la que despidió con un ademán, volvió a dirigirse a Mariana.

—¿Amamantaré usted también al que va a venir?

—¡Ya lo creo! como a todos. Ya sabe usted lo que mi marido y yo pensamos. No nos parecería hijo nuestro si lo criaba una nodriza.

—Sí, comprendo. Y crea usted que si pudiera lo haría yo también. ¡Pero me es imposible!

La Couteau había permanecido como clavada en su sitio, pensando en la propina que se perdía. Toda su rabia se concentró en una mirada venenosa que dirigió a aquella señora embarazada, que criaba a sus hijos, sin duda porque no tenía un céntimo. Sin embargo, una mirada de Celeste la decidió y salió saludando humildemente.

Casi en el mismo instante entró Seguín, muy elegante como siempre y denotando en su aire que hallaba en otras partes los placeres que no se le permitían en la suya.

—Pido a ustedes mil perdones por haberme hecho esperar. He tenido mucho trabajo... Asuntos que no podía aplazar... Está usted muy guapa y buena señora. Tengo mucho gusto en saludar a usted, señor Froment.

Se olvidaba de su esposa, a la que no había visto desde la antevíspera. Sólo al cabo de algunos momentos se acercó a ella, advirtiéndole el resproche de que estaban cargados sus ojos. La besó ligeramente el pelo.

—¿Has pasado buena noche?

—Sí, gracias.

En poco estuvo que no se echara a llorar, atacada por una de aquellas crisis nerviosas que la dominaban. Logró contenerse, sin embargo, por la presencia de los invitados. Casi en seguida el mayordomo anunció que la comida estaba dispuesta

A pasos cortos y vacilantes, apoyada en el brazo de Mariana, llegó Valentina a la mesa, que habían puesto en un ángulo del gran salón del trabajo, cuya gran tribuna ocupaba toda la parte central de la fachada de la avenida de Antín. Dijo que la dispensaran por no tomar el brazo de Mateo, y se sentaron las dos mujeres juntas, en sillones muy cómodos.

No viendo más que cuatro cubiertos, Mariana no pudo por menos que preguntar:

—¿Supongo que los niños están buenos? No los he visto aún.

—Sí, gracias. No faltaría sino eso... que estuvieran enfermos. Por la mañana tienen lecciones con la institutriz y no acaban hasta el mediodía.

Entonces Mateo, cuyos ojos se habían fijado un instante en los de Mariana, se atrevió a decir a su vez:

—¿No les hacen ustedes almorzar con nosotros?

—¡No, eso no!—exclamó Seguín con viveza un tanto brutal.—Bastante hacemos en aguantarles cuando estamos solos. No hay nada tan cargante como los chiquillos en un convite. Y no pueden ustedes imaginarse lo mal educados que son los nuestros.

Hubo unos instantes de silencio en tanto que el criado presentaba los huevos rellenos de trufas.

—Ya los verán ustedes,—dijo Valentina.—Los haré venir a los postres.

El almuerzo a pesar del carácter muy íntimo que le daba la presencia de aquellas dos jóvenes, fué muy delicado y lujoso. Después de los huevos sirvieron salmonetes a la parrilla y un guisado de sirvieron salmonetes a la parrilla y un guisado de becadas y cangrejos. Sirvieron champagne helado, y Burdeos blanco y tinto. Al hacer notar que

el doctor Boutan no aprobaría aquel régimen, Seguin se encogió de hombros.

—¡Bah! El doctor no retrocedería ante un buen bocado. Es insoportable con sus teorías... ¿Sabe uno acaso lo que es bueno y lo que es malo?

Ya no tenía el rostro alegre y sonriente con que viniera de la calle. Cuando entraba en su casa, desorganizada por completo desde la preñez de su mujer, parecía entrar en un infierno. Dábale rabia estar allí y se la daba el recuerdo de las noches pasadas en el juego, las madrugadas y mañanas consumidas con las queridas, la causa de que, según Seguin en cruda expresión, «su mujer no estaba en su uso.» Y le guardaba rencor por ello, complaciéndose en torturarla, diciendo que no había cosa bien hecha, afirmando que su casa era un infierno. La educación y las maneras de suprema elegancia que afectaba dejaban entrever un fondo brutal.

A ratos, el almuerzo se resintió de la conyugal discordia. Se cruzaron palabras y réplicas aceradas, con motivo de cualquier fruslería. Para un testigo poco atento no hubiese tenido aquello gran importancia; pero la herida estaba enconada y las lágrimas asomaban a los ojos de la pobre mujer, en tanto que él refunfuñaba contra todo, diciendo que el mundo no valía ni el precio del explosivo que le hiciera volar. Sin embargo, una palabra harto brutal, sublevó de tal manera a Valentina, que se excusó, pues temía a su mujer cuando en ella parecía despertarse la sangre de los Vaugelade, y le aplastaba con su altanero desprecio dejando comprender que en otra ocasión se vengaría. Luego, en tanto que Valentina y Mariana volvían a sus mutuas confianzas, Seguin desahogó su mal humor diciendo a Mateo que no sabía qué hacer con su inmensa propiedad de Chan-

tebled. La caza disminuía cada vez más, pocos eran los que querían tomarle acciones y sus rentas menguaban de año en año. No ocultaba su deseo de deshacerse de Chantebled; pero ¿dónde hallar un comprador para aquellos bosques poco productivos, para aquellas vastas extensiones de erial pantanoso o cubierto de cantos rodados? Mateo escuchaba con atención, porque le interesaba aquel dominio, desde que lo había recorrido en todos sentidos el último verano.

—¿Cree usted,—dijo,—que no se puede intentar cultivarlo?

—¡Cá! Ya quisiera ver ese milagro. No se cosecharán jamás sino piedras y ranas.

Estaban en los postres y Mariana recordaba la promesa de hacer venir a los niños, cuando surgió un incidente que los hizo olvidar. El mayordomo se acercó a Valentina para decirle a media voz:

—El señor Santerre pregunta si la señora le puede recibir.

—¡Ya lo creo!—exclamó con alegre sorpresa.— Sí, sí, hágale pasar.

Cuando Santerre le hubo besado la mano, le dijo con su aire lánguido:

—Ya veo que no ha muerto usted, amigo mío. Hace más de quince días que no le he visto. No, no se excuse usted. Es natural; todo el mundo me abandona.

Seguin refunfuñó de nuevo al estrechar la mano del joven, porque había comprendido el reproche. La verdad era que Santerre, al ver interrumpida su campaña de seducción por aquella preñez intempestiva, había juzgado prudente ser menos asiduo. Como el marido sin duda, pensaba que Valentina estaba horrorosa y que su compañía aburría. Se había resignado; dejando el ataque

decisivo para después. Pero las pocas veces que iba se mostraba más cariñoso y amable que nunca, sabiendo lo mucho que se le agradecería, pues no ignoraba la brutalidad de Seguin.

—¡Oh, querida señora! Crea usted que si no vengo más es por discreción, por temor a ser molesto y a estorbarla.

En seguida empezó a adularla cariñosamente.

—Está usted encantadora con esa blusa que haría parecer fea a cualquiera otra. Encantadora, sí, no me desdigo.

Aquello alegró a Seguin, que creyó que era una burla. Como era natural, nunca se le había ocurrido que Santerre fuese o pudiese ser el amante de su mujer, a pesar de que hacía todo lo posible para ello, obligándoles a una franqueza desmedida, que agravaba él mismo por la extrema licencia de sus palabras. Cuando, cediendo a sus crisis de celos le gritaba que aquel hijo no era suyo, hacía las suposiciones más innobles: la acusaba de haberse entregado a un criado o de haber hecho subir a un transeunte. En cuanto a Santerre, tenía en él tanta confianza, que un día le había querido hacer entrar cuando su mujer estaba en el baño para que viera lo graciosa que era dentro del agua.

—¡Cómo se burla de tí!—replicó Seguin.

Valentina dió las gracias a Santerre con una mirada que expresaba una gratitud infinita. Aquello era casi una promesa. El novelista, después de estrechar la mano de Mateo, se inclinó ante Mariana, que le presentaba la dueña de la casa. Aquellas dos mujeres preñadas, sentadas casi juntas, debieron parecerle un espectáculo altamente burlesco, pues disimuló la ironía de su sonrisa redoblando sus cumplidos, disculpándose de haber venido a la hora del almuerzo. Luego, porque Se-

guin se quejaba de la lentitud con que servían, replicó Valentina que suya era la culpa, por haber llegado retrasado. Estuvo a punto de estallar una riña. El café y los licores se sirvieron en otra mesa del gran salón después que se hubo levantado el servicio en un momento. Valentina se arrellanó entre las pieles y sedas de un diván rogando a los invitados que se sirvieran ellos mismos, pues no podía ella hacerlo. Mariana se encargó alegremente de ello, diciendo que así podría estar un ratito en pie. Después del café sirvió unas copas de cognac y se permitió que fumarán los hombres.

—¡Ah, querido!—exclamó bruscamente Santerre, —no puede usted figurarse a qué magníficas operaciones he asistido en la clínica del doctor Gaude.

Le interrumpió una nueva visita. La baronesa Lowicz preguntaba por la señora.

Apenas entró se dirigió a Valentina:

—No quería estorbarle, amiga mía. Crea usted que me alegro de verla y que la compadezco con todo mi corazón.

Estaba entre conocidos. Distribuyó apretones de mano a diestro y siniestro. Pareció a Mateo que el que le diera a él la mano era muy significativo, corto y rudo, en tanto que le miraba con aquella sonrisa de burla punzante con que le perseguía desde que la había rehusado. Y su rostro expresó la misma ironía que el de Santerre viendo aquellas dos mujeres embarazadas.

Pareció que tal espectáculo la distraía prodigiosamente, en tanto erguía su talle, su cuerpo admirable y provocativo. Nunca había rendido tan serviente culto al placer como entonces, sin que por ello dejara de ser una de las mujeres más mimadas de la alta sociedad parisién. Cumplimentó a su prima Mariana.

—Vaya, querida, debe estar usted contenta... Cuatro hechos y uno que va a venir. Ya puede pensar en el sexto. No, no me burlo. Comprendo que una mujer a quien agradan los chiquillos no para hasta tener la docena completa.

—Doce hijos,—replicó Mariana con su plácida sonrisa;—sí, esos son los que quisiera tener.

—¡Gran Dios!—exclamó Valentina.—¡En cuanto a mí, juro no tener otro si éste no me mata!

Según quiso continuar, con Santerre, la conversación, que había interrumpido la llegada de la baronesa.

—¿Decía usted que había visto tan admirables operaciones en la clínica de Gaude?

La baronesa se entrometió.

—¿Conoce usted al doctor Gaude? ¡Ah, caballero! Le ruego que me hable de él. Oigo decir por todas partes qué tiene un talento prodigioso.

El novelista sonreía con complacencia.

—Prodigioso: esa es la palabra. Tenía necesidad de apuntes para un estudio y he asistido a siete u ocho operaciones. Supongo que sabrán ustedes que las presencia mucha gente. Estaba allí toda la gente de las primeras representaciones, hasta algunas señoras. Gaude toma una mujer, o dos, o tres, y con un brío, con una maestría extraordinaria, en un periquete, hace la operación, lo arranca todo, todo lo que quiere, y se acabó. No hay miedo que ocurra ningún accidente. Es maravilloso.

El rostro de Serafina se había coloreado a impulso de su entusiasmo. Volviéndose hacia Valentina que, por su parte, escuchaba con avidez:

—¿Qué le parece a usted? Da ganas de probarlo, para no llegar al estado en que se halla usted. Le llaman el mago... y en verdad que lo es. ¡Eso se llama un hombre!

—Pero,—intervino Mateo,—las mujeres que operan ¿están enfermas?

Hasta aquel momento Según se había contentado con sonreír mefistofélicamente, cambiando miradas de inteligencia con el novelista. Sus teorías literarias, su anhelo de rápida exterminación humana, empezaban a llevarse a la práctica por Gaude. No pudo contener el deseo de escandalizar al joven matrimonio, y exclamó:

—Enfermas o no, que las castre a todas; así acabaremos más pronto.

Únicamente Serafina se rió. Aquellas palabras horrorizaron a Mariana, que miraba a Santerre, de quien había leído la última novela: una historia de amor que le había parecido estúpida; un horror al niño que daba asco. ¡Mueran los niños! Ese era, pues, el grito de aquellas gentes dichosas, ricas, egoístas, que no anhelaban sino refinados placeres. Con una mirada indicó a Mateo el ansia que sentía de marcharse, apoyada en su brazo, poco a poco, por las calles bañadas en la luz gloriosa del sol. A Mateo también le pesaban aquella casa, donde se amontonaban tantas maravillas y elegancias, y aquellas gentes tan egoístas. ¿Aquella rabia impotente y perversa contra la vida, era acaso el resultado de una civilización excesiva?

—¿Cómo! ¿ya se marchan ustedes?—dijo Valentina.—No me atrevo a detenerles, quizás está usted fatigada.

Y cuando Mariana le encargó que diera de su parte un beso a los niños:

—No,—dijo,—esperen ustedes, ahora los traerán.

Pero Celeste, al ser llamada, dijo que los señoritos habían salido con la institutriz. Estalló una nueva tempestad. Según preguntó furiosamente a

su mujer qué significaba aquello y desde cuándo la institutriz se permitía llevarse a los niños sin avisar. ¿No podía uno besar a los niños cuando quisiera? Eran de los criados; eran los criados los que ahora dirigían la casa. Valentina lloró.

—¡Dios mío!—dijo Mariana a su marido, cuando estuvieron fuera;—¡Dios mío! ¡esto es una casa de locos!

—Sí,—contestó Mateo,—son locos, y más que locos, desgraciados.

III

Algunos días más tarde, Mateo, que se había entretenido cuidando a su mujer, corría hacia el escritorio cuando encontró, atravesando el jardín, a Constanza y Mauricio, cubiertos de abrigo de pieles, que iban a dar un paseo a pie. Beauchéne, que les acompañaba hasta la verja, robusto y fuerte como de costumbre, les gritó:

—¡Hazle andar mucho! ¡Qué respire el aire libre! Únicamente así y comiendo mucho se robustecen los hombres.

Mateo se detuvo.

—¿Ha estado malo?—preguntó.

—No,—contestó alegremente Constanza, quizá para evitar ciertos temores que sentía.—Pero el médico nos ha aconsejado que lo saquemos a menudo de casa. Y hoy hace tan buen día que da gloria pasear, a pesar del frío.

—No vayáis por los muelles,—gritó Beauchéne.

—Tomad, por los Inválidos.

Cuando, ya lejos la madre y el niño, entró en

los talleres con Mateo, añadió con su seguridad imperturbable:

—Ya ve usted que ese chiquillo es fuerte como un roble; pero las mujeres son aprensivas... Por mi parte estoy tranquilo.

—Cuando no hay más que uno se le conserva.

Aquella mañana, una furiosa riña que estalló en el taller de mujeres entre Norina y Eufrasia, las dos hermanas, armó un escándalo tremendo. Norina, en cinta de seis meses, había ocultado su estado apretándose el corsé hasta ahogarse, por temor a su padre y a ser despedida del taller. Pero Eufrasia, que dormía con ella, sabía el caso y asaeteaba a la otra que temblaba a cada alusión. De continuo deploraba Norina su estupidez al haberse entregado a un hombre que la abandonaba y de estar así bajo el yugo de su hermana fea, y, como tal, mal intencionada. El escándalo que preveía, estalló aquella mañana por un motivo fútil. En la gran cuadra sólo se oía el ruido acompasado de las muelas que mordían el hierro, y algunas pulidoras, inclinadas sobre sus mesas trabajaban en silencio, cuando el rumor de una disputa les hizo levantar la cabeza. Eufrasia acusaba a Norina de haberle tomado un trozo de papel de lija.

—Te digo que lo tenía y que he visto que tú alargabas el brazo. No lo puede tener nadie sino tú.

Norina no contestaba, encogiéndose de hombros. No era verdad lo que decía su hermana. Esta se indignó al ver aquella pasividad.

—Ayer me pillaste el aceite. Eres una ladrona, ¿oyes? ¡Una ladrona!

Las demás obreras cuchichearon, acostumbradas a las peleas de las dos hermanas, que las divertían. Entonces la mayor se enfadó a su vez.

—Estás cargante, hija mía. ¿Acaso tengo yo la